

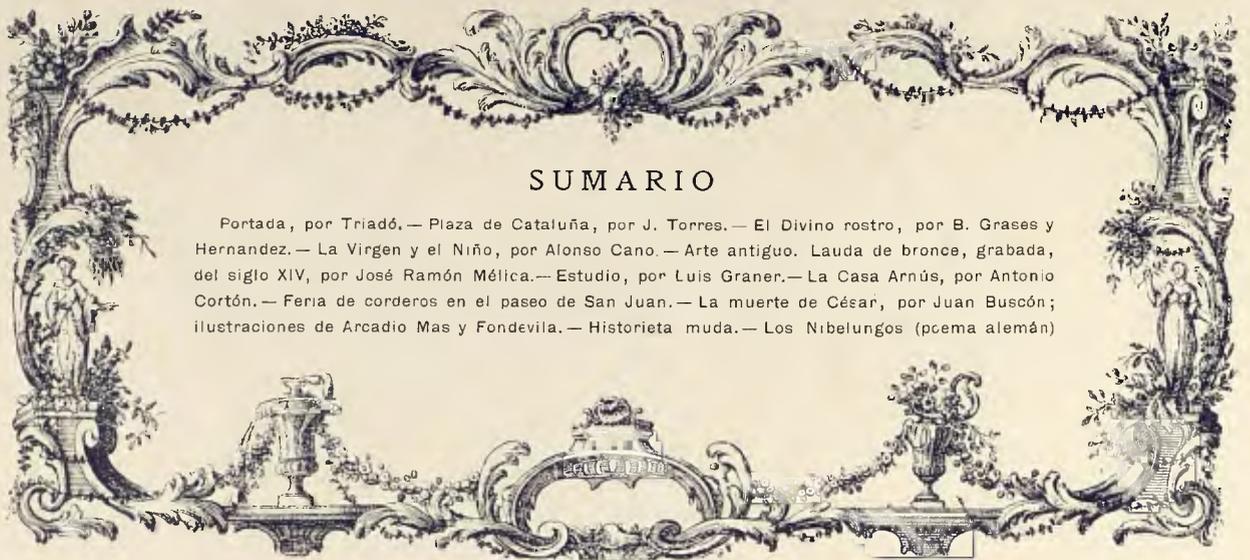


ECCE

PHIO

HISPANIA

ERARDÓ



SUMARIO

Portada, por Triadó. — Plaza de Cataluña, por J. Torres. — El Divino rostro, por B. Grases y Hernandez. — La Virgen y el Niño, por Alonso Cano. — Arte antiguo. Lauda de bronce, grabada, del siglo XIV, por José Ramón Mélica. — Estudio, por Luis Graner. — La Casa Arnús, por Antonio Cortón. — Feria de corderos en el paseo de San Juan. — La muerte de César, por Juan Buscón; ilustraciones de Arcadio Mas y Fondevila. — Historieta muda. — Los Nibelungos (poema alemán)



J. TORRES.—PLAZA DE CATALUÑA

EL DIVINO ROSTRO

El amor á Jesucristo nos hace sentir un deseo vehementísimo de conocer los rasgos de su fisonomía, como Dios hombre; y por desgracia debido á que entre los judíos no estaba en uso la pintura, no tenemos ningún retrato auténtico del Salvador. Las medallas hebraicas y los vidrios y frescos de las Catacumbas que nos representan á Cristo Nuestro Señor, son posteriores á su crucifixión y muerte, pero nos han conservado los delineamientos principales del Divino rostro, pudiendo decir que convienen todos en el arquetipo bajo el que nos figuramos al Redentor y que por tradición se ha conservado en el decurso de los siglos. En estos venerables restos de la antigüedad y entre ellos en el retrato del Divino rostro del Rey Abjar, existente en la ciudad de Edesa, en el Santísimo sudario llamado *La Verónica* de la iglesia de S. Pedro de Roma, en los dos bosquejos del rostro de Nuestro Señor de las iglesias de Santa Práxedes y de San Silverio de la propia ciudad, y muy principalmente en una preciosa imagen de la catacumba de S. Calixto, se han inspirado los pintores y artistas de todas las naciones, para dar al Redentor la serenidad y megestuosa dulzura que le atribuyen los libros sagrados, los cuales le presentan como dice San Juan *lleno de gracia y de verdad* y á quien encomia David llamándole *el más hermoso entre los hijos de los hombres*. Y en verdad los Padres de la Iglesia y principalmente S. Ambrosio, S. Agustín y S. Gerónimo, en unión con el Crisóstomo y con S. Gregorio de Niza y con S. Juan Damasceno, han presentado siempre al Salvador del mundo dotado de todas las perfecciones de la naturaleza, semejante á la *juvenil belleza de David*, aunque de hermosura todavía más peregrina y ornado de tal esplendor que según tradición hasta deslumbraba la vista. De todos modos, aunque diversas las figuras de Cristo que nos ha legado la Iglesia cristiana, tienen todas, consideradas colectivamente, el tipo más ó menos modificado, que en sus principales líneas características ha llegado hasta nosotros y que ha sido del dominio de los artistas tanto de Roma como de Bisancio. Y todos los pintores y escultores, indistintamente, siempre que han tratado de presentarnos al Redentor, lo han hecho inspirándose en el tipo que la tradición

nos ha transmitido y que se halla en la conciencia universal, único bajo el cual es reconocido por el humano linaje. Por esto, á pesar de las mudanzas de los tiempos, y de las evoluciones y de los progresos del arte, el tipo característico del rostro de Jesucristo en sus líneas generales se ha conservado siempre idéntico é inalterable. No obstante, ya se comprende que no debía el arte darnos un trasunto frío y seco de los testimonios venerables de la Sagrada faz que se han conservado en los primeros siglos. Podrán estos restos sagrados descubrirnos el carácter del rostro divino, pero faltaba desenvolverlo, completarlo, para que al reproducir el tipo, se lograra comunicarle el sentimiento de la expresión y de la divinidad. Este trabajo, fruto de la evolución y del perfeccionamiento del arte, es el que á porfía han acometido los excelsos maestros de la pintura, dándonos las más bellas interpretaciones de la Divina faz. No diremos cómo ésta ha sido tratada por Leonardo de Vinci, por Miguel Ángel, por Ticiano Vecelli y por Rafael Sanzio. No hablaremos del cariño con que después ha sido estudiada



CRISTO MORIBUNDO

Del cuadro de la Crucifixión, de Velázquez, existente en el Museo del Prado de Madrid



NOLLI ME TANGERE

Cuadro del Correggio, existente en el Museo del Prado de Madrid

por Botticelli, el Sardo, Guido Reni, el Giotto, Mantegna, el Perugino y Julio Romano. ¿Quién puede olvidar la figura del Señor del cuadro del Bautismo del Tintoretto? ¿Puede la imaginación concebir obra más celestial como la pintada por el Correggio en su cuadro *Nolli me tangere*? ¿Y qué diremos de los enérgicos y nobles tipos del potente ingenio de Pablo Veronés? Son tan conocidos los cuadros de estos egregios maestros que no hay quien al recordar a Cristo Nuestro Señor, no evoque las imágenes que debemos a su inspiración. Es imposible olvidar la dulzura con que nos lo representan y la gracia de que han sabido dotarle. Todos han suspirado por acercarse al arquetipo divino sugerido



BUSTO DEL SALVADOR

Del cuadro de la Coronación de la Virgen, pintado por Velázquez, existente en el Museo del Prado de Madrid

por la imaginación en la conciencia de los pueblos. Manifestaba el Tiziano poco antes de morir que sólo anhelaba que Dios le diese vida suficiente para pintar un Cristo que correspondiese a la Divina Majestad, y esto lo decía quien lo había presentado a la admiración del mundo con tan inexplicable y sobrenatural belleza. No obstante, tal vez exceda al Tiziano y a todos los genios de la pintura el nunca bien ponderado Leonardo de Vinci, que supo dar al Salvador, en su última cena, la expresión más soberanamente hermosa que la inteligencia del hombre puede concebir y que mejor se acomoda a la figura del Buen Pastor al darse a sí propio en alimento en el augusto día en el que instituyó el Sa-

cramento de su amor. No hay que negar por esto el acierto con que han interpretado el semblante del Dios vivo los pintores de la escuela alemana, y aun que esta no contarasino con los ejemplares que de-

bemos a Alberto Durero, a Holbein y a Van Dick, a Memling y a Van-der-Weide, serian éstos suficientes para tener del hombre Dios los tipos más elevados y de más acabada realza. Es una lástima, no obstante, que al hablar de la competencia que se han hecho en este punto todas las escuelas, se haya dejado poco menos que olvidada la española, y esto que los tipos que la nuestra ha concebido del Redentor del mundo son modelos inimitables de distinción y dignidad. Precisamente la figura del Dios vivo ha ejercido una verdadera fascinación en los pintores, y por esto los nuestros, siendo como eran tan cristianos, no podian sustraerse a semejante influjo. La figura del Cristo de la Crucifixión, de Velázquez, no tiene rival por su severidad y divina belleza. Es imposible contemplar aquella portentosa efigie sin que el ánimo se sienta sobrecogido de la más honda tristeza. La figura del Señor en la «Coronación de la Virgen», debida a su pincel, es otro portento de gracia y majestad, por nadie superado. Bastaría por sí solo para inmortalizar la escuela madrileña. Y, no obstante, no le va en zaga la sevillana, a

la que Bartolomé Esteban Murillo ha impreso su potente personalidad. Efectivamente, no puede darse tampoco nada tan conmovedor como la figura que nos ha dejado de Nuestro Señor Jesucristo, desprendiendo su brazo del sagra-



BUSTO DEL SALVADOR

Del cuadro del Bautismo del Señor, pintado por el Tintoretto, existente en el Museo del Prado de Madrid



BUSTO DEL SALVADOR

Del cuadro del Enterramiento del Señor, pintado por Van-Dyck, existente en el Museo del Prado de Madrid



LA ÚLTIMA CENA DEL SEÑOR

Pintada por Juan de Juanes, existente en el Museo del Prado de Madrid

do leño para acercar á su pecho á S. Francisco de Asís. No es posible dar muestra de mayor y más elevada inspiración á la cabeza y al cuerpo entero del Redentor. Y si á su vez nos fijamos en la escuela valenciana, ha de quedar suspensa nuestra vista y atónita el alma, contemplando los cuadros que nos quedan de Juan de Juanes, particularmente en su Jesús con la sagrada forma y en su Cristo en el Cenáculo, en cuyos cuadros la figura del Salvador del mundo ha sido presentada con la dulzura mayor que el sentimiento humano puede llegar á alcanzar. Injusta sería, ahora, al hablar de los pintores españoles, omitir á Luis Rosales, el Divino, que con tanto cariño ha tratado la sacrosanta figura del Rey de los Reyes, sobre todo en sus Ecce-homos, en la imagen de Jesús Nazareno y en la de Jesús muerto en brazos de su Santísima Madre, pues no es posible imaginar mayor sentimiento dentro de un realismo más caracterizado y de mejor ley. Tampoco es posible olvidar á Zurbarán y menos aun á Carreño. Nada tan admirable como la faz de su Cristo, inclinando su cuerpo desde la cruz para hablar en el desierto á S. Bruno. Y aun dentro de la pintura catalana pueden ofrecerse acabadas y felicísimas muestras dadas por nuestro Viladomat, que no va en zaga al mismo Greco en la representación humanada de Cristo, en el cuadro del enterramiento del conde de Orgaz. Y no siendo catalán de origen, pero considerado como si lo fuese, puede también presentarse como modelo á Flaujer, que brilló en el comienzo del siglo pasado, de quien se pueden presentar figuras del Señor pintadas con una elegancia y una inspiración superiores á todo encomio. Imposible es decir en qué elementos se han inspirado y de qué fuentes han bebido los pintores españoles, al bosquejar los inimitables modelos que son el embeleso de la vista y el encanto de nuestra alma. No sabemos si, como el Beato Angélico, adaptaron el tipo del lienzo de la Verónica, ó si, á semejanza de Giambellino, maestro del Tiziano, tomaron la figura del Redentor del mosaico que existe en la Iglesia de los Santos Damiano y Cosme, pero, indudablemente, han tenido presentes estos bellos ejemplares y los de los grandes maestros que les precedieron y que en ellos se han inspirado, si bien amoldándolos al sello de nuestra raza, dotándoles de los atributos que nos caracterizan, y por esto, en los tipos del Hombre Dios de nuestros egregios pintores, es donde se hallan las páginas más sublimes de la distinción y caballerosidad españolas, y donde mejor se encuentran retratadas la nobleza y dignidad de nuestro carácter. En una palabra, no tiene nuestra nación que

envidiar nada á las demás en esta competencia honrosísima; al revés, puede presentar y envanecerse de muchos ejemplares y modelos, que, si no han superado á los antes conocidos, no ceden á los mejores y más celebrados de las escuelas italiana y flamenca, si no les ganan en naturalismo y verdad, como propias y características que son estas cualidades á la pintura española antigua, nunca suficientemente alabada, pues, á la par que es por todo extremo espiritual en sus concepciones, tiene el más acentuado realismo en cuanto á la representación, y por esto sus obras producen en el ánimo, en todas sus manifestaciones, una impresión tan honda y duradera, que nunca más se olvida en cuantos las contemplan.

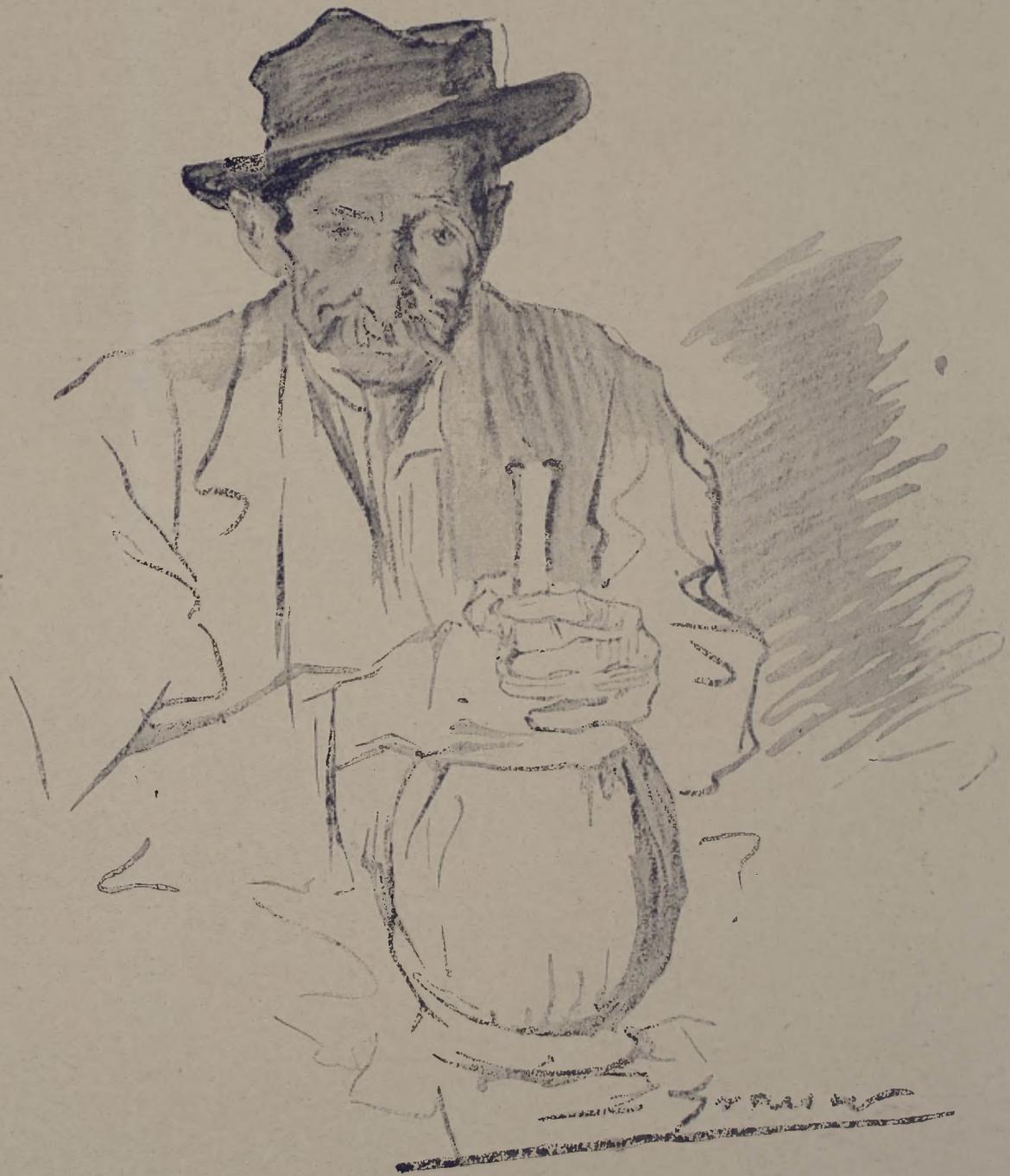
B. GRASES Y HERNÁNDEZ



VENANCIO VALLMITJANA



ALONSO CANO.—LA VIRGEN Y EL NIÑO

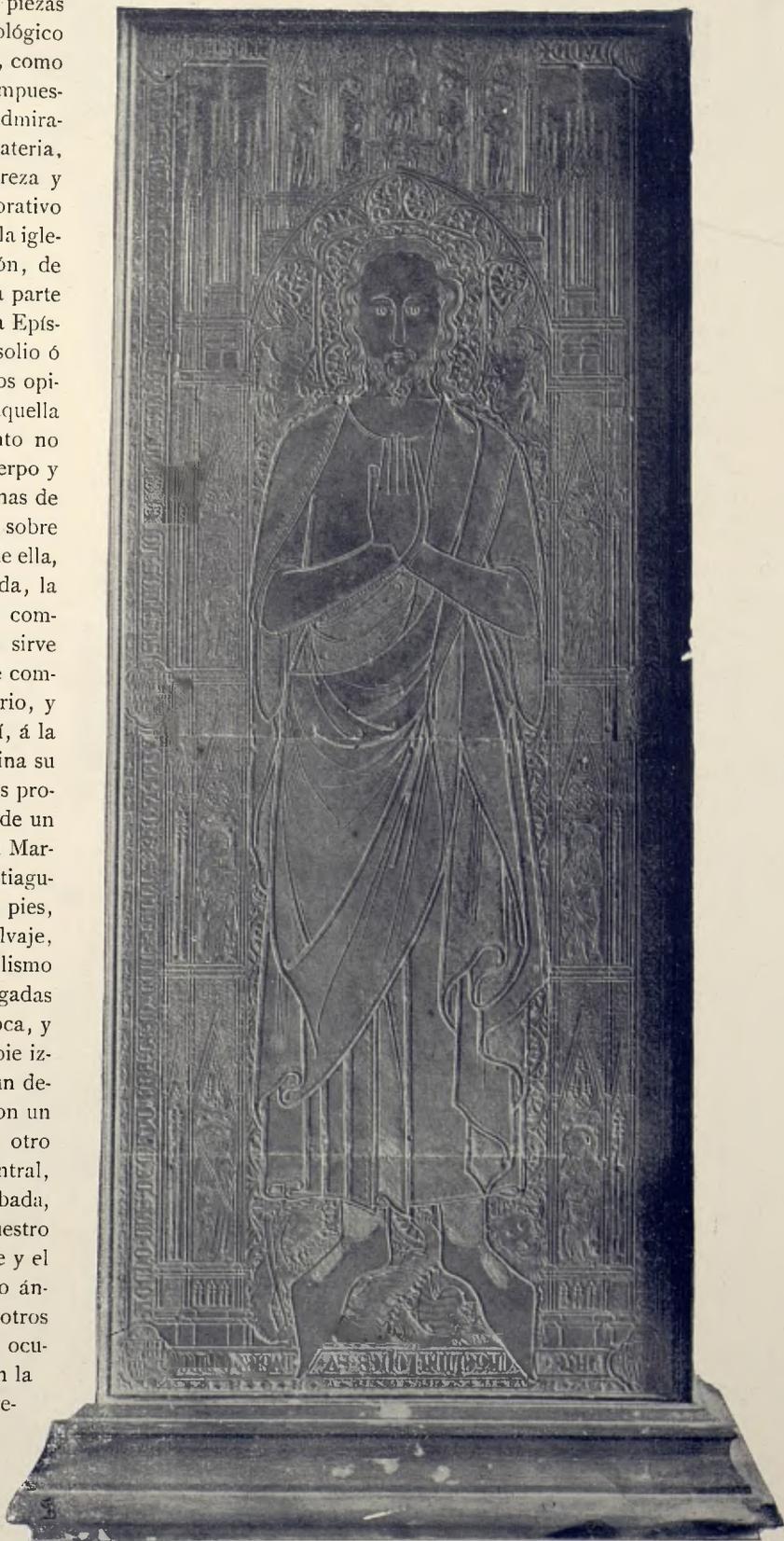


BEVERA
SANTA
Cruz
CASA
ARUSA

ARTE ANTIGUO

Lauda de bronce, grabada, del siglo XIV

El presente grabado reproduce una de las piezas más notables que enriquecen el Museo Arqueológico Nacional. Es una lauda ó cubierta de panteón, como tantas de piedra, pero está, por excepción, compuesta de cuatro planchas de bronce, grabadas admirablemente. Se avaloran, no precisamente la materia, sino el trabajo, que es bien artístico, la pureza y corrección del dibujo, y el exquisito gusto decorativo de toda la composición. Existió esta lauda en la iglesia parroquial de Santa María de la Asunción, de Castrourdiales (provincia de Santander), en la parte en que se unen la girola y la nave lateral de la Epístola, sobre un sarcófago cobijado por un arcosolio ó arco sepulcral; pero historiadores y arqueólogos opinan, con razón sobrada, que no debió ser aquella colocación la pristina de esta lauda, por cuanto no pudo encerrar dicho sarcófago más de un cuerpo y la inscripción sepulcral menciona varias personas de una familia. Probablemente estuvo en el suelo, sobre la bóveda ó panteón de dicha familia. El jefe de ella, *Martín Ferrandes de las Cortinas*, es, sin duda, la figura que descansa en el hueco central de la composición arquitectónica, de gusto ogival, que sirve de base á la composición. El labrado fondo se comprende que quiere ser el de un paño mortuorio, y dos ángeles sirven de tenantes, digámoslo así, á la almohada, igualmente recamada, en que reclina su cabeza el finado. Éste viste túnica y manto, más propio del Salvador, ó de otra figura bíblica, que de un rico armador, como supuso un monografista al Martín Ferrandes. Lleva, en cambio, zapatos puntiaguados, como era moda en la época, y apoya los pies, el derecho sobre un hombre velludo, un salvaje, con maza como la de Hércules, figura de simbolismo no precisado, y cuyas imágenes se ven prodigadas como tenantes de escudos de armas de la época, y en no pocas portadas, como guardianes; el pie izquierdo, sobre un león. Ocupa todo esto, según dejamos indicado, un hueco cerrado por arriba con un arco apuntado y lobulado. Sobre el arco hay otro cuerpo arquitectónico de tres huecos: el central, ocupado por una figura varonil y venerable, nimbada, con un niño desnudo en el regazo, que, á nuestro modo de ver, no pueden ser más que el Padre y el Hijo de la Trinidad Santa, rodeados de cuatro ángeles, los dos más próximos incensándoles, los otros dos pulsando instrumentos músicos, cada cual ocupando uno de los huecos restantes. Completan la construcción dos cuerpos arquitectónicos, laterales, á manera de torres, en cada una de las cuales aparecen tres hornacinas, en orden de superposición y coronadas por gabletes, ocupadas por imágenes de santos apóstoles: á



la derecha de la figura central, comenzando por arriba, S. Pedro, S. Juan y S. Andrés; á la izquierda, S. Pablo, Santiago y S. Matías, á los que se reconoce por sus atributos.

Encuadra toda la composición una cenefa, por la que corre el epitafio, interrumpido en los cuatro ángulos y al comedio de los lados más largos, por sendos escudos del mismo blason. Dicho epitafio, que comienza y concluye en la cabecera y tiene algunas abreviaturas, dice así:

✠ AQVI IAZE MARTIN FERRANDES DE LAS CORTINAS QVE FINÓ EL PRIMER DIA DE MARSCO ERA DE MCCCCIX ANNOS ✠ AQVI IAZE CATALINA LOPES SV MVGIER QVE FINÓ A OCHO DIAS DE MAYO ERA DE MCCCCIX ANNOS ✠ AQVI IACEN SOS FIJOS LOPES FERRANDES JOHAN FERRANDES DIEGO FERRANDES Á QVIENES DIOS PERDONE

Mide de altura la lauda 1'79 metros.

Pocos monumentos análogos á este podrán citarse en España. Tenemos noticia de la lauda de bronce, según el P. Sigüenza de mano italiana, que el caballero Fernan Rodriguez Pecha, camarero del rey Don Alfonso XI, muerto en 1345, tenía en la capilla de San Salvador, en la parroquia de Santiago de la ciudad de Guadalajara; conocemos el bulto sepulcral de bronce, enriquecido con esmaltes, del obispo Mauricio, obra francesa del siglo XIII, existente en la Catedral de Burgos; conocemos la lauda, asimismo de bronce, de Mossen Borra, bufón de Alfonso V de Aragón, existente en el Claustro de la Catedral de Barcelona, con la figura de aquel extraño personaje, de relieve; y conocemos, en fin, por no citar otros monumentos análogos, la lauda, también de bronce, y de bajo relieve, que se ve en la iglesia del que fué convento de S. Francisco en las Navas del Marqués, con las efigies de los primeros poseedores de ese título, D. Pedro de Avila y D.^a María de Córdoba, obra primorosa y creemos que de mano italiana, educada en el gusto del Renacimiento. Pero ninguna de estas notabilísimas muestras del grado de adelanto á que se llegó en el arte del metal á fines de la Edad Media y comienzos de la moderna



Proyecto de D. Luis Doménech y Montaner

y de los varios estilos y países en que fué costumbre hacer bultos sepulcrales y laudas de bronce, es comparable á la lauda que reproducimos, por ser ésta de carácter distinto, esto es, obra de grabado, y porque el

estilo de su traza revela que el ejecutante no era español ni italiano. Debió ser un artista flamenco ó alemán, pues á la región Norte de Europa corresponde ese estilo severo, un tanto seco, de líneas tan puras y de detalles tan bien repartidos y acabados. Como vendría á España un artífice

de aquellas tierras, no lo sabemos; pero basta conocer las relaciones comerciales que las gentes de las playas del Cantábrico mantenían con las de las costas de los mares del Norte, para encontrar la justificación del hecho.

General fué, por otra parte, la costumbre de representar grabada, y no de relieve, la imagen del difunto sobre su tumba. Pero la materia empleada al efecto es la piedra tombal. Sin duda porque esas piedras solían colocarse en el suelo, y, por consiguiente, el roce de las pisadas borraba en el curso del tiempo la imagen grabada, ocurrió la idea feliz de emplear esos grabados, de modo que el plomo dibuja con firmes contornos negros los trazos de la figura sobre la blanca piedra, como sucede en una notabilísima piedra tombal con que hace poco se ha enriquecido nuestro Museo Arqueológico Nacional. Otras veces se escogía, para grabar, piedra ó mármol claro y oscuro, como el de la lápida del obispo de Córdoba, D. Iñigo Manrique, obra notabilísima de fines del siglo XV.

En esta lápida y en algunos otros monumentos análogos, como la lauda que ha motivado estas líneas, se advierte que por uno de esos instintos que los artistas decoradores se razonan perfectamente, aunque no sepan explicarlo, parece como si su tendencia hubiera sido representar un paño bordado, un paño mortuorio, en el que la aguja trazó figuras, ornatos y letras. El arte moderno ha hecho algo por ese camino y puede hacer mucho.

JOSÉ RAMÓN MÉLIDA

Madrid, Enero de 1901



A mí libro de «Barcelona» le faltaba un capítulo, y era este.

Con el entusiasmo que me inspira esta hermosa ciudad, la primera de España sin duda, y con el espíritu de justicia que me sirve de norma en mis modestos trabajos, hablé en periódicos y revistas del movimiento científico, tan vigoroso é incesante, y de la actividad industrial, que es la nota característica de esta región, y del desarrollo del arte, al que el pueblo catalán rinde culto. Y describí como pude fábricas y talleres, y visité Ateneos y Círculos, y pasé horas y más horas en bibliotecas y redacciones de periódicos. Cataluña, con toda su grandeza, con sus hombres y cosas, con su ambiente de vida y de progreso, apareció ante mis ojos embelesados como una visión deslumbrante y poética, de esas que no pasan, de esas que subsisten eternamente entre el torbellino de las cosas que el tiempo borra y deshace.

Pero me faltava ver algo, describir algo, y de lo más característico en ciudad como esta. Me faltaba acercarme al mundo de los negocios, visitar un templo del Dinero, contemplar el ir y venir del franco y de la libra esterlina, de la lira y el dólar, de la libranza y el cheque, figuras del ajedrez del negocio, empujadas allá ó acá por el cálculo de los hombres en la eterna lucha por la vida. *Templo díje, y no lo díje á humo de pajas; que sí «trabajar es orar», como escribió Victor Hugo, templo es sin duda todo lugar, por humilde que sea, en que á diario se cumpla la remuneradora ley del trabajo, impuesta á la humanidad por el Supremo Hacedor.*

La casualidad, que no siempre juega malas pasadas, me deparó una buena coyuntura para realizar mi deseo. La casa de banca *M. Arnús y C.^{ta}*, tenía en depósito cierta respetable cantidad, perteneciente á unos niños que se encuentran bajo mi tutela. Acordó el Consejo de Familia retirar dichos fondos, y yo, en calidad de tutor, fui el encargado de hacerlo, de lo cual me holgué, aceptando muy de buen grado las molestias que había que sufrir—por tratarse de bienes de menores—á trueque de ver á mis anchas la casa Arnús, que yo conocía únicamente de nombre. Porque, viviendo en la Ciudad Condal, ¿quién no ha oído mentar alguna vez la casa Arnús?...

Nunca olvidaré la cara de asombro que puso el guardia municipal á quien pregunté en la Rambla por donde se iba á la casa Arnús.

—¿Cómo! ¿Usted no lo sabe?—exclamó.

—Cuando lo pregunto, claro está que no lo sé.

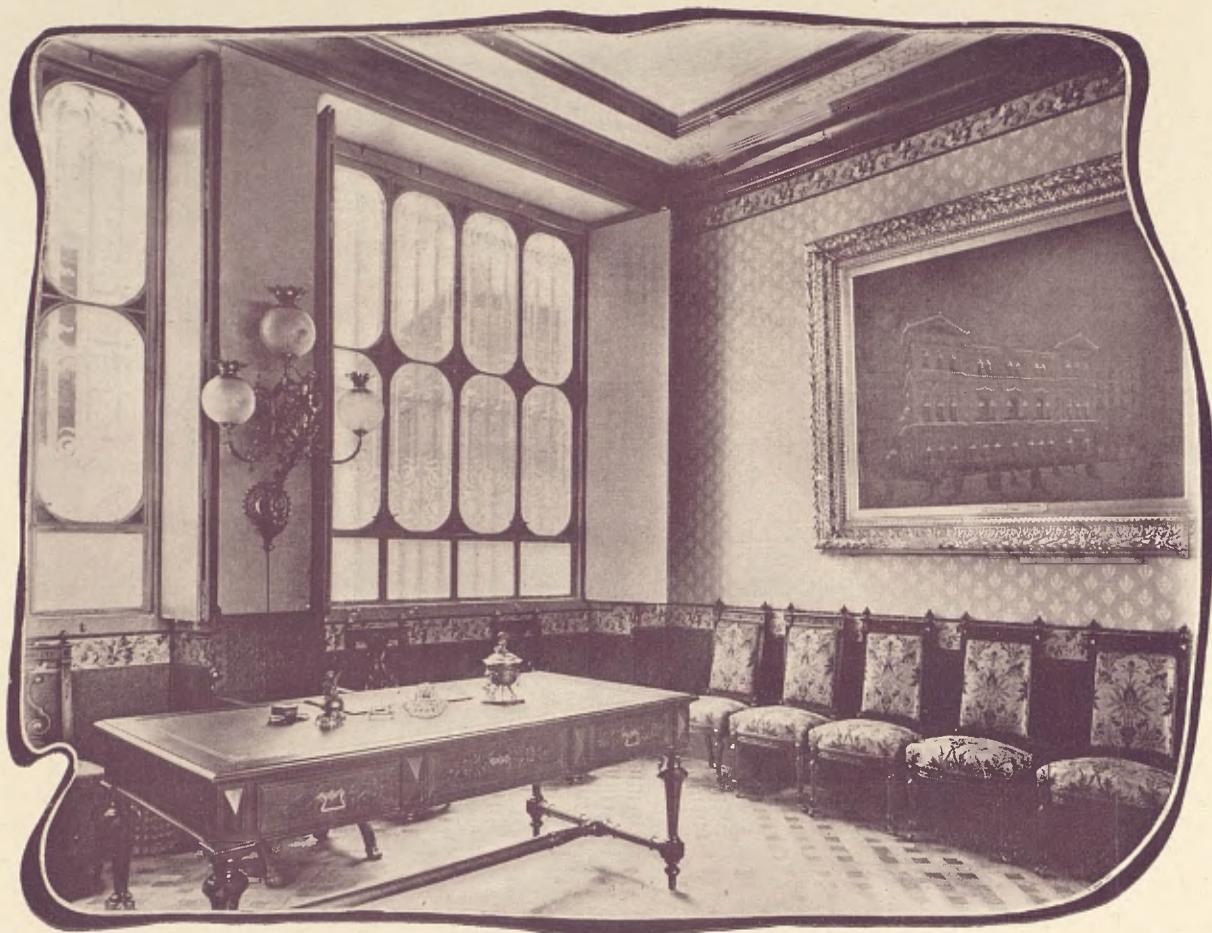
—Ya se ve que es usted forastero.

—¿Tengo cara de eso?...

—En Barcelona la casa Arnús es tan conocida como la Catedral ó el monumento á Colón.

—Yo también la conozco de nombre y de fama, pero no sé la calle donde se encuentra. Perdóneme usted, señor mío, esta ignorancia, á cambio de otras que usted tendrá y que yo le perdono, y dígame, por el amor de Dios, pues tengo prisa, hacia donde cae la casa Arnús.

—Pues verá usted. La casa Arnús está en el pasaje del Reloj.



Salón de Juntas

— Perfectamente: pero á ese pasaje ¿por dónde se va?...

— ¿Sabe usted la calle de Códols?

— No, señor, aunque me esté mal el decirlo.

— ¿Y la calle Ancha?

— Tampoco.

— ¿Y la de Fernando?

— Esa sí.

— Pues ya tiene usted el punto de partida para ir á la calle de Escudillers, á donde sale el pasaje.

— ¿Cuál pasaje?

— El del Reloj. Para ir allá, entra usted por la calle de Fernando, toma usted á la derecha y encuentra usted la plaza Real; de allí sale usted á la calle de Escudillers, encuentra usted una zapatería...

— Y me compro un par de botas... ¡Quede usted con Dios! Para guardia municipal, es usted demasiado gárrulo...

— ¿Ga... rru... qué?... ¡No falte usted á la *autoridad*!...

Le dejé echando chispas y tomé un carruaje que acertó á pasar. En menos de un minuto, llegamos por la calle de Escudillers, en frente del pasaje del Reloj. Eché pie á tierra y pagué al auriga la pesetilla tan cómodamente grangeada. No cabía engañarse... Dos enormes horarios decorativos señalan

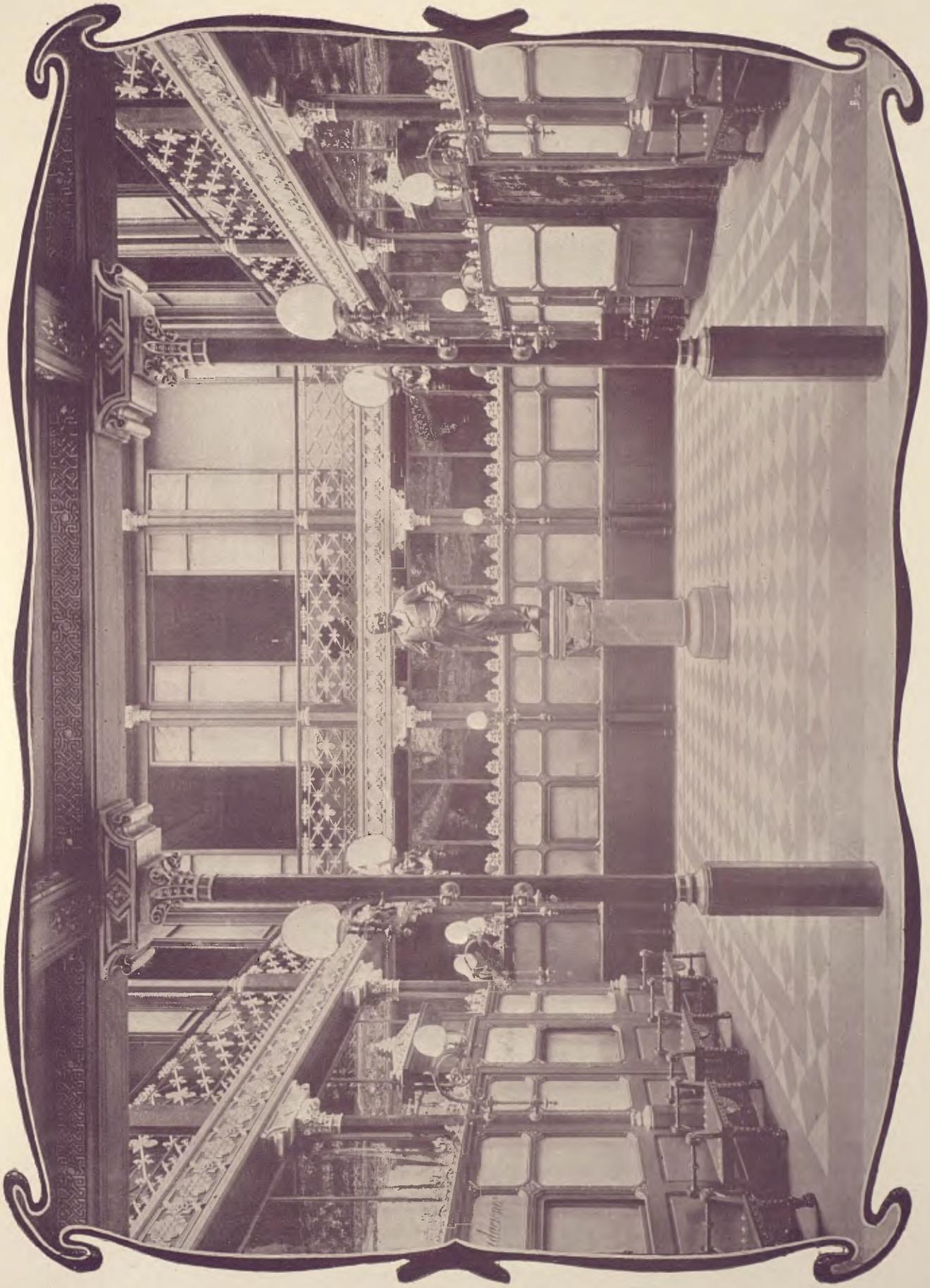
el comienzo y el fin de la angosta pero limpia calleja, poblada de tiendas con escaparates muy bien presentados. Allá, en el fondo, bajo un reloj monumental, vi en letras gordas este letrero: «M. Arnús y C.^a»

Tratándose de la casa Arnús—pensaba yo al franquear el vestíbulo— el reloj, símbolo de la exactitud, está aquí muy bien.

* * *

Ya estamos en el interior de la casa. Los porteros, con quienes uno se topa, sin librea ni uniforme, pero decorosamente trajeados, no detienen á nadie ni preguntan á donde se va ni lo que se quiere. Si alguien, en demanda de alguna cosa ó ganoso de obtener cualquier dato, cualquier informe, á ellos se dirige, responden amablemente, y en paz. No son, ni con mucho, el tipo del cancerbero: son porteros á la moderna, verdaderos intermediarios entre la casa y el público, con aspecto jovial, y sin aquel empaque y entono que suelen dar apariencias cómicas á otros respetables miembros de tan digna clase.

Así como al entrar en una iglesia, lo primero que á los ojos se ofrece es el altar mayor, en la casa Arnús lo primero que llama la atención es la caja; pero antes, en el centro del salón donde están las oficinas de la caja, hay que ver otra cosa: sobre ar-



Gran Patio Central



Caja

tístico pedestal, se alza la estatua en bronce, hecha por el escultor Carbonell, del Excmo. Sr. D. Evaristo Arnús y Ferrer Pujol y Garciny, fundador de la casa en el año 1846.

— ¡Es don Evaristo!... — dice alguien que conoció al gran financiero y al gran filántropo.

— Y ¡qué natural!... — observa otro: — parece que está hablando...

— Recuerdo — dice un tercero — haberle visto en ese mismo traje, en esa misma actitud, andando por esos corredores...

En efecto, la obra del artista es obra maestra sin duda. Arnús está representado de cuerpo entero, en traje de diario, destocada la cabeza, llena de hilos de plata, con la mirada viva é inteligente y la sonrisa bondadosa que le caracterizaban. El ademán, la expresión del rostro, el pergenio, son de un realismo asombroso. El Arnús creado por Carbonell, es un Arnús íntimo, de su casa, sorprendido en uno de aquellos instantes de su habitual *bonhomie*.

Entre las personas que aguardaban su turno para cobrar, recordábase, con motivo de la obra de arte, la vida del hombre. Un señor de respetable aspecto y que, por su edad, parecía coetáneo de Arnús, charlando con un joven, su adyacente, expresábase así:

— Era mucho hombre aquel don Evaristo. Era, sobre todo, un trabajador. Su cuantiosa fortuna en fincas y en valores, la debió exclusivamente á su honrado trabajo. Le conocí, siendo casi un niño,

en el Ayuntamiento, donde tenía la modestísima plaza de escribiente temporero. De allí salió para ejercer el cargo de corredor de Bolsa. Aun me parece estarle viendo en el café de las Delicias, que era el sitio en que entonces se reunían los bolsistas. Asociado con don Francisco Catalán, comenzó la fortuna á sonreírle y bien pronto ensanchó su clientela y fué el corredor predilecto de los Bancos y de las principales sociedades mercantiles de Barcelona. Fué entonces cuando estableció sus oficinas en este local, que no era, por cierto, tan vasto como hoy.

— Pero sería, sin duda, como casi todos los millonarios, egoísta y duro de entrañas.

— Muy al contrario. Su bolsa siempre estaba abierta para todo el mundo. No sólo aquí, sino también en Badalona, de cuya ciudad fué nombrado hijo adoptivo, fundó escuelas, hospitales y asilos. Protegió las letras y las artes, y Barcelona le debe el «Teatro Lírico». También se le debe en gran parte la construcción del suntuoso edificio del Casino Mercantil. Y en Badalona creó el «Asilo de San Andrés», destinado á los niños de los obreros. Fué un gran filántropo y un millonario que se hacía perdonar sus millones...

— Y, por supuesto, ejercía cargos públicos...

— Muchos, pero él, modesto y sencillo, no les daba importancia. Fué diputado provincial y senador electivo y, últimamente, vitalicio. Poseía la



Salón de espera destinado á los señores corredores



Despacho

gran cruz de Isabel la Católica, la encomienda de Carlos III y de la Legión de Honor, y era gran oficial de la Corona de Italia y Caballero de la Orden del Santo Sepulcro. Cuando murió, en Diciembre de 1890, á la edad de 72 años, ejercía, entre otros muchos cargos, el de Presidente de la Casa Provincial de Maternidad. Cargos como ese, en los que podía servir á su pueblo, eran los que le halagaban. Barcelona le quería mucho...

— Y ¡qué grato es merecer el cariño del pueblo!...

— ¡Ya lo creo que lo merecía!... Le queríamos tanto, con tanto delirio, que cuando Sagasta llegó á Barcelona, él y Arnús fueron llevados en hombros por la multitud hasta la casa del «rey de la Bolsa», como se llamó un tiempo á don Evaristo. En el mismo cuarto que ocupó entonces don Práxedes, murió poco después Arnús.

Un dependiente de la caja, el pagador, pronunció en alta voz el nombre del caballero que hablaba, á quien había llegado su turno... El hombre, con cara de pascuas, se acercó, recibió sus billetes, y despidiéndose del otro, se dirigió hacia la puerta, con buen compás de pies.

* * *

En la planta baja del edificio, el salón donde está la estatua, es el más conocido del público. Allí es en donde se realizan los pagos.

En este salón, espacioso y aireado, y que recibe por la amplia bóveda de cristal oleadas de luz, los mármoles, obras de carpintería, cerrajería y lampis-



Salón de lectura



Patio interior

tería, así como el espléndido mueblaje, son de extraordinario lujo. Desde el magnífico reloj de ébano, que se ve sobre la ventanilla central, hasta las lujosas escupideras, donde echa sus colillas el *noy* que va á cobrar, todo allí revela buen gusto, distinción y riqueza.

En periodos de gran movimiento, cuando es preciso trabajar de noche, dieciséis artísticos aparatos de luz eléctrica permiten hasta al más miope leer claramente los diversos avisos al público, puestos en las oficinas de la caja ó en la sección de liquidaciones. Avisos ante los cuales suele quedarse embobado algún poeta ó profesor elemental, preguntándose sorprendido para que será preciso conservar la póliza ó consultar las listas de amortización...

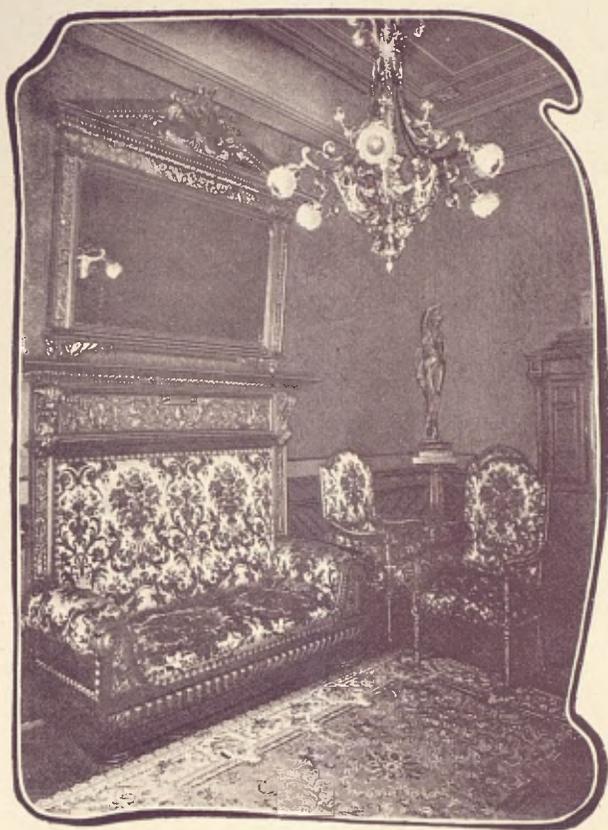
— Eso no reza conmigo... — me dijo un cesante, que estaba leyendo un aviso...

— ¿Por qué?... ¿No es usted tenedor de valores amortizables?...

— ¿Tenedor yo?... ¡Ni cuchara!...

En días excepcionales, como iba diciendo, la gente se disputa los dos pupitres que están *vis á vis* en el salón, á la disposición del público, como también las banquetas portátiles, de fina madera. La casa Arnús, al instalarse lujosamente, no ha echado en olvido la comodidad de su numerosa clientela.

Y es de ver la actividad de los empleados de la casa en los días de las grandes campañas, como la del año 1896, cuando se realizó el empréstito de



Salón de recibo de los gerentes,

Aduanas. Nada menos que setecientos suscriptores llevó a la sazón al empréstito la casa Arnús, subiendo la cifra de la suscripción a 14.000,000 de pesetas. Éxito grande, altamente honroso y revelador de lo que vale y significa en el mundo de los negocios la casa Arnús.

Sin ir tan lejos, como testimonio de que el crédito de la casa crece y se ensancha todos los días, poseo otros datos más recientes, del año pasado.

Trátase de la suscripción al Empréstito 5 por 100 Amortizable: M. Arnús y C.^{ia} han suscrito más de 85 millones de pesetas, por cuenta de un millar de interesados, de tan distintas posiciones, que al lado del poderoso que suscribía millones, se encontraba el pequeño rentista que pedía quinientas pesetas de capital.

Esta mescolanza de lo grande y lo pequeño, es el rasgo característico de la casa. El público que la frecuenta, se compone de poderosos magnates y de modestísimos rentistas; á centenares se ven allí todos los días, al pequeño industrial, al modesto empleado, al *payés*, al obrero que va á adquirir un título de renta, una obligación de ferrocarril con sus modestos ahorros, ó á vender tales ó cuales valores que acumularon en días felices y cuyo producto evita al hijo amado el servicio militar, permite la curación de una enfermedad, ó el establecimiento de un comercio.

Los jefes y el personal de la casa, atienden con especial solicitud á esa pequeña pero infinita clientela, y hay que reconocer que prestan con ello un verdadero servicio á las humildes posiciones, haciéndoles fáciles los hábitos de economía y ahorro, tan saludables á las clases poco acomodadas.

La suma de pequeñas operaciones que allí se realizan asciende á fin de año á millones de pesetas que se invertirían sabe Dios cómo, si no existiera esta casa, ya popular institución de privada hacienda.

Este dato y otros que omito ¿no prueba que don Manuel Arnús, sobrino del fundador de la casa, y el señor Gari, son dignísimos continuadores del inolvidable don Evaristo?

* * *

A la derecha del salón y comunicando con la sección de la caja, está el despacho, que es una vasta pieza con techo artesonado, pavimento de mármol y pinturas representando escenas alegóricas. Un hermoso cuadro de Llorens, que lleva la fecha de 1892, atrae enseguida las miradas de todo el que penetra en la estancia. Esta se halla decorada con lujo, con arte exquisito. Sin moverse de la butaca que ocupa y sin más que oprimir el botoncillo eléctrico de una especie de teclado diminuto que está al alcance de la mano, puede el señor Arnús, si lo tiene á bien, comunicarse por medio del teléfono con todos los empleados —



Teléfono á disposición de los clientes de la casa

que son en número de setenta ú ochenta — y también darse el gusto de echar un párrafo con cualquier cliente que habite en Gracia ó en San Martín.

Pared por medio, hay un saloncillo de conferencias, amueblado á la última moda, y que parece, por su elegancia, el gabinete de recibo de una señorita de buen tono. Está destinado, como el nombre lo indica, para recibir las visitas de las personas que desean tratar asuntos reservados. Por allí desfilan todos los días los que quieren consultar con los señores M. Arnús y C.^a, sobre la colocación de capitales, y cuantos necesitan un consejo ó un guía en asuntos financieros.

Describir, una por una, todas las dependencias de la casa, sería trabajo, aunque agradable, más á propósito para un libro que para un periódico. Sin salir de la planta baja, todo es digno de verse. Aquí un saloncillo de lectura, con revistas y periódicos; allá un despacho, decorado artísticamente, donde hay un cuadro que representa el edificio del Casino Mercantil y que en 1885 fué regalado á don Evaristo Arnús por los miembros agradecidos de aquella sociedad; más allá el cuarto del teléfono para el uso de los clientes de la casa; no lejos de allí, ostentando sugestiva hermosura, la caja de los valores transitorios, colocada en tal forma, que hace imposibles las sorpresas y escalos y junto á la cual velan de noche cuatro guardianes; aquí una pequeña máquina tipográfica para imprimir á diario un boletín bursátil; allá, en un rincón, las previsoras mangas de riego para casos de incendios.

Si subimos al principal, lo primero que atrae las simpatías, es un salón donde una multitud de empleados, encorvados sobre sus pupitres, rinden culto á la diosa de la aritmética. No hay que distraerles

de su labor... Pasemos á los departamentos inmediatos... He aquí el despacho del tenedor de libros, he aquí el archivo, el cuarto de aseo, la apacible alcoba con un lecho, en previsión de cualquier dolencia repentina... Llega hasta mí, desde la habitación inmediata, el continuo *tíc, tac* de una maquinilla de escribir y hacer números, del sistema Yost...

— ¿Se trabaja mucho?... — pregunté á un empleado.

— Bastante siempre, muchísimo algunas veces.

— ¿Están ustedes satisfechos, tienen buenos sueldos?

— Son proporcionales á la antigüedad en la oficina, pero se nos ayuda en nuestras enfermedades, y en caso de una desgracia nuestras familias disfrutarían del seguro.

— ¿El seguro?... —

— La casa tiene establecido un seguro sobre la vida, á favor de sus empleados. A la muerte de todo aquel que haya servido más de cinco años en la casa, se entrega á su familia la cantidad de cinco mil duros. La casa Arnús satisface por este concepto al Banco Vitalicio de España una anualidad de cerca de veinticuatro mil pesetas. Somos unos setenta y tantos empleados, y hay ya asegurados treinta y siete, los que hemos cumplido los cinco años.

— Bella, filantrópica idea, digna de la casa Arnús. Y se comprende la satisfacción de ustedes. Y, para entrar, serán necesarias, por lo menos, cartas de recomendación de la Reina ó del Papa...

— No, señor. Las vacantes se cubren casi siempre con hijos de antiguos empleados, y las mejores recomendaciones, las únicas que aquí se admiten, son la honradez y el amor al trabajo.

Antonio CORTÓN



Vestibulo



LA PASCUA EN BARCELONA.—FERIA DE CORDEROS EN EL PASEO DE SAN JUAN



CREPÚSCULOS VESPERTINOS

LA MUERTE DE CÉSAR

Semi doblado el espinazo por el peso del organillo, jadeante el pecho, enrojecida la nariz, amoratados los labios por el frío implacable que acuchilla las carnes y corta la respiración, sube el *Francés* la empinada cuesta, la cuesta interminable, cuya cima, más que verse, se adivina, á lo lejos, entre dos picachos del monte. Y allí empieza la bajada, al extremo de la cual hay el pueblo, á donde fatigosamente van á buscar un refugio para la noche, que ya se acerca y se viene encima, el pobre diablo y sus dos compañeros de desdicha: el perro sabio y el oso bailarín.

Pegadas casi á las piernas del hombre, caminan las dos bestias con paso que el cansancio y el poco lastre en el estómago hacen á cada momento más premioso. Triste la mirada, flaco el cuerpo, inclinado el hocico al suelo, acusan en su aspecto la miseria animal, como el de su amo acusa la miseria humana.

En frente del silencioso grupo, se extiende la estrecha cinta del camino que sube serpenteando; á derecha y á izquierda los campos áridos, despojados de toda vegetación, aletargados por el soplo del invierno y sobre los cuales se esparcen las melancólicas tintas crepusculares que poco á poco se espesan, se ennegrecen y cubren de un matiz sombrío tierra y cielo. Los escasos árboles que á trechos levantan sus troncos, privados de follaje, pierden lentamente sus perfiles, y su vaga silueta parece, momento tras momento, confundirse en la vaga penumbra.

El silencio es completo y sólo lo interrumpe el pesado y monótono pisoteo de los claveteados zapatos del *Francés* sobre el endurecido suelo. De pronto el hombre se para en seco y echa una mirada ansiosa sobre un algo que se mueve, que se queja, entre las solapas de su grueso y raído levitón de paño burdo;

ese algo es una cabeza pequeña, muy pequeña, que semeja la de un viejo diminuto, con la faz negruzca, arrugada, sinuosa: es la cabeza del único enfermo, tísico en tercer grado, que el caminante lleva consigo, de pueblo en pueblo, hace ya tres años y que ahora se muere sin remedio.

—¿Qué tienes mi pobre César?... ¿te sientes peor? —murmura angustiado el *Francés* al escuchar el lamentable quejido del mono, en tanto que su mano callosa acaricia con cariñosa ternura la carita del cuadrumano.

Este arroja una mirada casi humana de indecible amargura sobre el hombre; luego cierra sus ojos. El hombre echa un suspiro y se dispone á proseguir su ruta, con el propósito de pedirles á sus cansadas piernas un esfuerzo más para que apresuren el paso y le conduzcan cuanto antes al pueblo, á aquel pueblo tan lejano y tan deseado, en donde el pobre enfermito encontrará el grato calor de un hogar hospitalario y una taza de leche caliente...

—¡Ánimo!...—se dice á sí mismo, emprendiendo de nuevo la marcha. Pero no ha tenido todavía tiempo de recorrer un centenar de metros, cuando un segundo y doloroso quejido y un estremecimiento convulsivo que siente sobre su pecho, le detienen otra vez.

Entonces el *Francés* se desembaraza con presto movimiento del organillo que lleva á cuestas y lo deja en el suelo; se sienta en el reborde del camino, apoyando los pies en la cuneta, y, con precauciones infinitas, saca al moribundo animal de su ambulante tefugio y fija en él una mirada escrutadora en que el afecto y el pavor van confundidos. Y al ver en los labios entreabiertos de César, que dejan escapar débil y sibilante estertor, una espuma sanguinolenta, comprende el bohemio que el mal no tiene remedio, que su amigo y compañero de miserias y fatigas, cuyas monerías, cabriolas y habilidades le habían ayudado durante tres años á conquistar el triste pan cotidiano, se muere á paso de carga, sin que haya medio de prolongar su menguada existencia.

—¡César!... ¡mi pobre César!—exclama el hombre con voz trémula, oprimido el corazón por un dolor agudo, que quizás no experimentara hasta entonces, en todo el curso de su miserable vida.

Algunos minutos más se pasan: impotente y desesperado, el ente racional contempla la agonía del mono... Abre

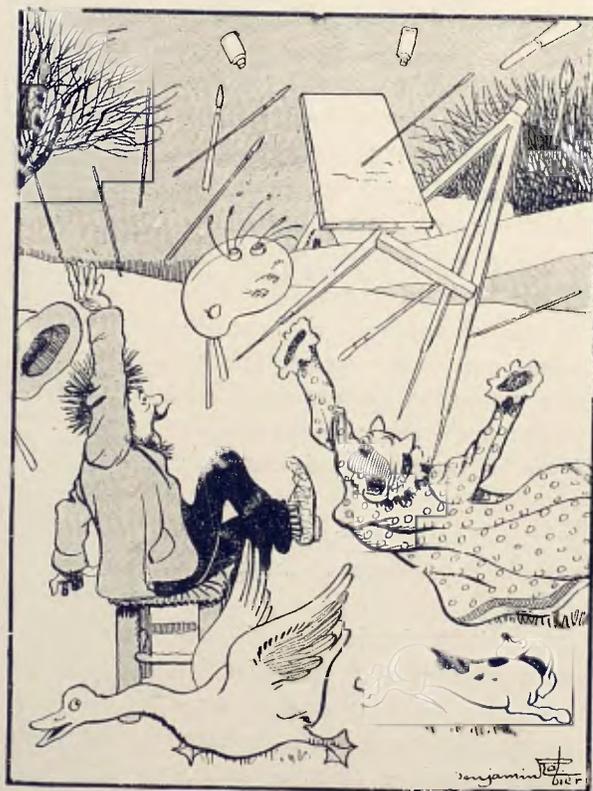
éste los ya vidriosos ojos, los fija indecisos en aquel cielo plomizo y opaco, y tal vez en su cerebro de cuadrumano cruza por un momento el recuerdo de aquel su cielo natal de África, reverberante y luminoso, lleno de esplendores y de encantos, que acarició su primera infancia. Pero de súbito todo se extingue... un leve sacudimiento estremece los miembros del animal y el cuerpo extenuado queda inerte, rígido.

El *Francés* lanza una maldición y luego se echa á sollozar amargamente; el oso se acerca con paso grave y su lengua lame la manecita yerta del difunto. El perro prorrumpe en prolongado y tristísimo aullido, que vibra y se pierde á lo lejos en la silenciosa soledad de la campiña. La noche, impasible y cruel, extiende por el ámbito inmenso su helada negrura.

JUAN BUSCÓN

Ilustraciones de A. MAS Y FONDEVILA





LOS NIBELUNGOS

(CONTINUACIÓN)



un golpe de Sigfrido voló en pedazos la abrazadera del escudo; pensó el héroe del Niderland que iba á obtener la victoria sobre los Sahsen que hormigueaban allí. ¡Ah! ¡cuántas brillantes cotas destruyó el terrible Dankwart!

En el escudo que llevaba al brazo Sigfrido, distinguió el rey Ludegero una corona labrada; en esto reconoció que era el hombre formidable

y comenzó á gritar en alta voz á los suyos:

«¡Cesad de combatir todos los que me habéis seguido! He visto aquí el hijo del rey Sigemundo; he conocido al fuerte Sigfrido: un mal demonio debe haberlo lanzado en contra de los Sahsen.»

En el rigor del combate hizo plegar las banderas, pues deseaba la paz y le fué concedida, pero debía ser conducido prisionero al país del rey Gunter; la mano de Sigfrido lo había domeñado.

Por acuerdo de uno y otro bando cesó el combate; sus manos abandonaron yelmos y escudos agujereados por todas partes.

Los borgoñeses hicieron prisioneros á cuantos quisieron. Gernot y Hagen dieron orden para que los heridos fueran conducidos en angarillas, y con ellos llevaron prisioneros hacia el Rhin más de quinientos hombres.

Los vencidos se encaminaron á Dinamarca. Los Sahsen habían combatido tan bien, que fueron dignos de alabanza; esto causaba pesar á los guerreros.

Los vencedores condujeron sus armas hacia el Rhin; con su valor las había conquistado el fuerte Sigfrido: lo había hecho con gran valentía; todos los hombres del rey Gunter tenían que concederlo.

El rey Gernot envió sus huestes hacia Worms, encargándoles dijera en el país el éxito tan grande que él y todos los suyos habían conseguido.

Las noticias corrieron con gran rapidez; los que antes experimentaban algún cuidado, se tranquilizaron llenos de alegría por las felices nuevas que habían llegado.

¿Cómo se han portado los héroes del valiente rey? Uno de los mensajeros compareció ante Crimilda; esto se llevó á cabo sin que nadie lo supiera: de otro modo no se habría atrevido, porque entre los guerreros se encontraba aquel por quien su corazón estaba interesado.

Cuando vió que el mensajero se acercaba á su cámara, la hermosa Crimilda le dijo en tono cariñoso. «Dame ahora las noticias tan deseadas; si no me engañas, te regalaré oro y te favoreceré siempre

»¿Cómo han salido del combate mi hermano Gernot y mis demás amigos? ¿No nos han matado á ninguno? ¿Quién se portó mejor? Contéstame á todo esto.» El leal mensajero dijo: «No hemos tenido un solo cobarde.

»Además de esto, en el rigor del combate nadie avanzó tanto como el noble extranjero que vino del Niderland.

»Lo que todos los demás héroes han hecho en la pelea, es aire si se compara con lo hecho por Sigfrido.

»En el fragor de la batalla han derribado á muchos héroes, pero nadie os podrá decir los prodigios que ha realizado Sigfrido en lo más terrible del combate.

»Allí quedan los amados de muchas mujeres. Sobre sus yelmos caían formidables golpes que habrían anchas heri-

das, de las que la sangre manaba á torrentes. Es por todos conceptos un atrevido y buen caballero.

»Jamás en los combates tenidos hasta ahora se sufrió tanto. Debe decirse la verdad de aquellos hombres escogidos: de tal modo se han portado los fieros Borgoñones, que su honor queda al abrigo de toda sospecha.

»Por sus manos han quedado vacías muchas monturas y á los golpes de sus espadas la llanura retemblaba con estrépito. Los guerreros del Rhin se han portado de tal modo, que más valía á sus enemigos no haberlos visto.

»También los valientes de Troneja hicieron grandes destrozos, cuando los ejércitos chocaron en apretadas masas. Á muchos dió muerte el valiente Hagen; mucho habrá que contar aquí en el país de Borgoña.

»Sindoldo y Hunoldo, los guerreros de Gernot y el valiente Runoldo, han hecho tanto, que para siempre sentirá el rey Ludegero haber provocado á los guerreros del Rhin.

»Pero el hecho de armas más notable que puede haber ocurrido, el primero y el último que en cualquier tiempo se haya visto, lo ha llevado á cabo el heroico brazo de Sigfrido y trae gran número de prisioneros al país del rey Gunter.

»Con la violencia de su fuerza los ha cogido el valeroso héroe; el rey Ludegero debe sentirlo mucho, como así también su hermano Ludegasto, del país de los Sahsen.

»El valor de Sigfrido domeñó á los dos: nunca se han traído á este país tantos prisioneros como caminan ahora hacia el Rhin á causa de tan brillante campaña.

»Sin heridas traen unos quinientos ó más, y heridos, sabedlo, noble reina, traen más de ochenta carretas teñidas con su sangre. La mano del atrevido Sigfrido ha herido al mayor número de ellos.

»Los que en su osadía se atrevieron á insultar á los del Rhin, son ahora prisioneros del rey Gunter y con grande alegría los conducen hacia aquí.» Preciosos colores asomaron á sus mejillas al escuchar esta noticia.

Su bello rostro tornóse rosa al saber que el valiente Sigfrido se había portado dignamente en el combate. También se alegró por sus fieles, pues había motivo para hacerlo.

La hermosa habló así: «Tú me has traído buenas noticias: yo te daré en recompensa un hermoso traje y además diez marcos de oro.» Con gusto se dan noticias á damas de esta clase.

Le dió por recompensa al mensajero el oro y el traje. Luego muchas hermosas jóvenes se asomaron á las ventanas mirando hacia el camino que debían traer los más bravos héroes del país de Borgoña.

Primero llegaron los que habían salido ilesos; enseguida los heridos. En verdad que podían escuchar las aclamaciones de sus deudos sin avergonzarse; el jefe marchaba delante de los extranjeros, cambiando en alegría su pesar profundo.

Recibió con agrado á los suyos é hizo lo mismo con los extranjeros; justo era que el poderoso rey diera las gracias bondadosamente á los que habían acudido á su llamamiento, por cuanto con los suyos habían conseguido aquella gloriosa victoria.

El rey Gunter quiso saber noticias de sus amigos muertos en la expedición. Sólo había perdido sesenta hombres; debían llorarlos como después hicieron con muchos héroes más.

Los que no habían recibido daño ninguno, pudieron

llevar al país de Gunter muchos escudos hollados, muchos yelmos hundidos.

El ejército se apeó de los caballos frente al palacio del rey y en aquella amistosa recepción se escucharon muchos gritos de alegría.

Dieron alojamiento en la ciudad á los guerreros, y el rey pidió que los trataran con el mayor cuidado. Mandó que cuidaran á los heridos con el mayor esmero, proporcionándoles todas las comodidades necesarias. Bien pudo también apreciarse su deferencia para con los enemigos.

Así habló á Ludegasto: «¡Sednos bien venido! Mucho he tenido que sufrir por vuestras faltas; de ellas podré conseguir satisfacción si la suerte no me abandona; Dios recompense á mis fieles; se han portado muy bien conmigo.»

«Bien podéis darle las gracias» dijo Ludegero, «Jamás un rey logró hacer cautivos de tanta importancia: os haremos ricos presentes porque nos traten bien y para que obréis con magnanimidad con vuestros enemigos.»

«Os dejaré ir libremente á los dos» respondió el rey, «pero es menester que en gajes queden aquí mis enemigos, los cuales no abandonarán el país sin mi consentimiento.» Ludegero le estrechó la mano.

Llevaronlos á que reposaran y les proporcionaron todo género de comodidades. Dieron á los heridos cuanto les era necesario y á los sanos hidromel y vino. Nunca hubo huéspedes que vivieran con tanta alegría.

Recogieron los escudos rotos y muchas monturas ensangrentadas, quitándolas de la vista, para que las mujeres no lloraran. Muchos buenos caballeros volvían sumamente fatigados.

El rey recibió á los huéspedes bondadosamente; de amigos y de extranjeros estaba lleno el país. Hizo curar con esmero á los que tenían graves heridas; habían domeñado mucho su altiva arrogancia.

Ofrecieron ricas recompensas á los sabios en el arte de curar, plata sin pesar y brillante oro para que vendaran á los heridos en el peligro del combate. Además el rey ofreció á sus huéspedes magníficos regalos.

Á los que las fatigas del viaje impedían volver á sus casas, los invitaban á descansar como se hace con los amigos. El rey pidió consejo acerca de la mejor manera de recompensar á los que con tan grande honor lo habían servido.

Entonces dijo Gernot: «Que los dejen marchar, pero haciéndoles saber que dentro de seis semanas tienen que

venir para una gran fiesta: muchos de los que ahora sufren por sus heridas estarán curados.»

También deseaba marchar Sigfrido, el del Niderland. Cuando el rey Gunter lo supo, le suplicó muy cariñosamente que permaneciera aún á su lado: si no hubiera sido por la hermana del rey, nunca lo habría hecho.

Era muy rico para aceptar una recompensa; pero ¡bien lo había merecido! El rey le estaba muy agradecido y sus parientes también, pues ellos habían visto lo que el brazo de Sigfrido realizara en el combate.

Decidió quedarse por lograr ver á la hermosa joven: esto sucedió algo más tarde. Para felicidad suya, consiguió conocer á la virgen, después de lo cual marchó contento al país de su padre.

El rey en tanto recomendaba de continuo los ejercicios de la caballería; á ellos se dedicaban con ardor muchos jóvenes héroes. Con este fin hizo levantar no pocos asientos en la campiña de Worms, para todos los que quisieran venir al país de Borgoña.

Por los días en que habían de llegar supo la hermosa Crimilda que se iba á dar una suntuosa fiesta á los que habían sido fieles. Muchas mujeres hermosas desplegaron una gran actividad para preparar los trajes y adornos que debían lucir. La rica Uta oyó la relación de todos los bravos guerreros que habían de venir, é hizo sacar de los cofres muchos magníficos vestidos.

Por cariño á sus hijos hizo preparar joyas y trajes, siendo así adornadas muchas mujeres y doncellas y no pocos guerreros Borgoñones.

También hizo disponer para los extranjeros magníficos equipos.

V

DE COMO SIGFRIDO VIÓ Á CRIMILDA POR PRIMERA VEZ

Continuamente se veía marchar hacia el Rhin á los que deseaban concurrir á la fiesta. Á cuantos llegaban atraídos por el cariño hacia el rey, se les ofrecían caballos y vestidos.

Mesas y bancos estaban preparados para los más ilustres y los más bravos, como ya se ha dicho; treinta y dos príncipes vinieron á la fiesta. Las mujeres se adornaban á porfía para recibirlos.

No se permitió un momento de reposo el joven Geisler. Los que ya eran conocidos y los extraños fueron reci-



bidos cordialmente por él, por Gernot y por sus hombres. Saludaban á los héroes en la forma que les correspondía según su clase.

Estos traían al país muchas monturas de oro rojo; llevaban al Rhin cincelados escudos y magníficos vestidos. Muchos, no gozando aun de buena salud, experimentaron grandísima alegría.

Los que tenían que permanecer en el lecho á causa de sus heridas, se olvidaban de cuan amarga es la muerte. Los tullidos y los enfermos dejaban de quejarse: la noticia de la fiesta de aquellos días les alegraba mucho.

En la mañana del día de Pascua, se acercaron hacia el lugar de la fiesta, brillantemente vestidos, muchos héroes valerosos, cinco mil ó más. En más de un sitio comenzaron ya las diversiones.

El jefe sabía cuanto y cuan noblemente el héroe del Niderland amaba á su hermana, á la que todavía no había visto, pero en la que más que en ninguna otra joven se debía amar á la belleza.

Así dijo al rey Ortwein, señor de Metz: «Si queréis conseguir gran honor con esta fiesta, dejad que sean admiradas las más hermosas jóvenes que son el orgullo de Borgoña.

»¿Qué alegría ni qué felicidad podría experimentar el hombre, si no existieran hermosas vírgenes y encantadoras mujeres? Dejad que vuestra hermana aparezca á la vista de vuestros huéspedes.»

«Lo haré con mucho gusto» respondió el rey. Todos los que lo escucharon no pudieron menos de manifestarse muy contentos. Suplicó luego á la reina Uta y á su hermana que vinieran á la fiesta con las jóvenes de su acompañamiento.

Muchos jóvenes guerreros piensan que serían felices en aquel día viendo hermosísimas mujeres y que no hubieran aceptado en cambio, los ricos dominios de un rey. Verían con sumo gusto á las que no conocían.

El poderoso rey mandó que en compañía de su hermana fueran para servirla cien guerreros de su familia con las espadas desnudas y lo mismo para su madre. Tal era el aparato de la corte en el país de los Borgoñones.

Uta, la rica, venía con ellos; había escogido un grupo de mujeres hermosas, compuesto de ciento ó más, llevando todas magníficos vestidos. También Crimilda venía rodeada de muchas jóvenes bellas.

Salían de un grandioso salón y muchos héroes distinguidos se atropellaban para conseguir ver bien á la noble virgen.

Avanzaba en aquel momento amorosa como la rosada aurora saliendo de entre las negras nubes. Un gran pesar quitó su vista al que hacia mucho tiempo la llevaba en su corazón. Pudo ver á la hermosa en todo el esplendor de su belleza.

En su traje deslumbraban muchas piedras preciosas; sus bellísimos colores eran de los que suspiran amor. Por grande que fuera el despecho, nadie hubiera podido decir que había visto una más hermosa.

De la misma manera que la brillante luna oscurece la luz de las estrellas, así la hermosa eclipsaba á todas las demás mujeres.

Ricas camareras marchaban delante de ella; los valientes guerreros se aglomeraban para ver á la virgen encantadora. El valiente Sigfrido sentía al mismo tiempo amor y pena.

Pensaba en su interior: «¿Cómo ha sido que me he visto obligado á amarla? esta es la ilusión de un niño; sin embargo, de tener que alejarme, preferiría ser herido de muerte.» Y batallado por estos pensamientos, tornóse muchas veces rojo y pálido.

El hijo de Sigelinda, permanecía allí digno de ser amado, como retratado en pergamino por habilísimo pintor. Todos confesaban no haber visto nunca á un héroe tan bello.

Los que acompañaban á Crimilda pidieron que cada cual fuera por su lado; los guerreros obedecieron. La vista de aquellas mujeres de corazón elevado, alegraba á los bravos: se veía avanzar con riquísimos trajes á muchas jóvenes hermosas.

Así dijo el rey Gernot de Borgoña: «Al héroe que generosamente nos ha ofrecido sus servicios, Gunter, hermano querido, hazle honores ante toda esta gente; jamás me avergonzaré de haberte dado este consejo.

»Haz que Sigfrido se aproxime á mi hermana, para que lo salude y seremos felices: que la que nunca saludó á un guerrero, haga homenaje á Sigfrido, pues así nos captaremos la voluntad de héroe tan arrogante.»

Los amigos del jefe fueron á buscarle y hablaron de este modo al héroe del Niderland: «El rey desea que os aproximéis á su corte, para que su hermana os pueda saludar, honrándoos de este modo.»

El jefe de héroes, sintió que su alma rebosaba de alegría; sentía en su corazón ternura sin aflicción, pues iba á ver á la hermosa hija de Uta. La tan digna de amor, saludó al hermoso Sigfrido con decoro y gracia.

Cuando ella vió ante sí al hombre de tan esforzado ánimo, se encendieron sus bellos colores: la hermosa le dijo así: «Bien venido señor Sigfrido, noble y buen caballero.» Este saludo lo alegró y elevó su alma.

Se inclinó ante la amorosa y le dió las gracias. El mútuo amor atraía al uno hacia el otro; y, amorosas las miradas, se contemplaban con cariño el héroe y la joven, pero esto lo hacían recatadamente.

Si en aquel momento la blanca mano fué oprimida amorosamente, yo lo ignoro. Pero no puede creerse que dejaran de hacerlo: aquellos dos corazones enamorados, hubieran sido torpes de otro modo.

Ni en el estío ni en las hermosas mañanas de mayo, experimentó él una alegría tan grande en su corazón, como la que le hizo sentir el tacto de la mano de aquella á quien deseaba por esposa.

Así pensaban muchos guerreros. «¡Ah! quien pudiera caminar á su lado y reposar junto á ella, como veo que él lo hace; todo mi odio se acabaría.» Nunca guerrero ninguno había servido á tan hermosa princesa.

Todos los que habían llegado de los dominios de otros reyes admiraban en el salón á uno y otro. Permitieron á la joven que abrazara al hombre esforzado; en toda la vida le había sucedido nada más dulce.

El rey de Dinamarca habló así en aquel momento: «Por tan elevadas salutations, muchos han recibido grandes heridas: yo también he experimentado el poder de la mano de Sigfrido. Que Dios quiera que jamás le ocurra ir á Dinamarca.»

Por todos lados hicieron abrir paso á la hermosa Crimilda; muchos guerreros valientes, magníficamente vestidos, la acompañaron hasta la iglesia. El valeroso héroe se vió pronto alejado de ella.

Héla aquí que se dirige hacia la catedral, seguida de muchas mujeres. Va tan bien vestida la princesa, que muchos murmurios se elevaban alrededor de ella; había nacido para recrear las miradas de más de un héroe.

Grande era la impaciencia de Sigfrido por que acabaran los cantos. Podía felicitarse, pues sabía que era favorecido por aquella á quien llevaba en su corazón. Él también acariciaba en su alma á la hermosa.

Cuando después de la misa salió de la catedral, se invitó

al héroe que fuera junto á ella, y la joven digna de amor comenzó á darle las gracias por lo que ante aquellos guerreros había realizado.

« Que Dios os pague, señor Sigfrido » le dijo la hermosa joven « lo que habéis hecho para que los guerreros os estén tan agradecidos y os profesen tan buena amistad. » Él comenzó á mirar con ternura á la virgen Crimilda.

« Siempre os serviré lo mismo » respondió el héroe Sigfrido; « y jamás reposará mi cabeza, hasta que haya conquistado vuestro favor, si conservo la vida. Así debe hacerse por vuestro amor, hermosa Crimilda. »

Durante doce días se vió cerca del héroe á la joven digna de elogios, cuando caminaba hacia su corte seguida de sus amigos. Todos servían al héroe con grande afición.

Todos los días había delante del palacio del rey Gunter alegría, placer y gran ruido; dentro y fuera se veían muchos hombres valientes. Ortwein y Hagen realizaron prodigios.

Todo lo que puede intentarse, lo realizaban inmediatamente aquellos héroes fuertes en el combate. Aquellos guerreros se hicieron notar por todos los huéspedes. Aquel fué un gran honor para todo el país de Gunter.

Se adelantaron luego los que se habían visto retenidos por sus heridas; querían participar de la alegría de los convidados y luchar con el escudo y la lanza. Muchos combatieron con ellos, pues sus fuerzas eran grandes.

Mientras duró la fiesta, el rey hizo servir los más delicados manjares. No quería que escaseara nada de aquello que un príncipe puede ser reprochado: se le veía atender amistosamente á todos los convidados.

Dijo así: « Mis buenos guerreros: antes que os marchéis de aquí, aceptad mis regalos; mi intención es la de seros siempre agradable; no desdeñéis mi fortuna; quiero compartirla con vosotros: tal es mi firme voluntad. »

Los de Dinamarca dijeron á su vez: « Antes de encaminarnos nuevamente á nuestro país, queremos una paz perpétua; así es menester que sea para nues-

tros guerreros. Á los golpes de los vuestros hemos perdido un buen número de amigos. »

Ludegasto estaba curado ya de sus heridas. El jefe del país de los Sahsen, pudo escapar á las resultas del combate, pero en aquel país quedaron muchos muertos. El rey Gunter se dirigió en busca de Sigfrido.

Así le dijo al guerrero: « Aconsejame lo que debo hacer; nuestros prisioneros quieren marchar mañana temprano y ofrecen una paz durable á mí y á los míos. »

« Te daré cuenta de lo que esos héroes me ofrecen: si los dejas partir libremente, me enviarán la cantidad de oro que pueden conducir quinientos caballos. » El señor Sigfrido le respondió: « Esto sería obrar mal. »

« Dejados que partan libremente, y que tan nobles guerreros desistan en adelante de hacer excursiones hostiles por vuestro país. Que un apretón de manos de los dos jefes, sea la única garantía. »

« Seguiré vuestro consejo; pueden partir cuando quieran. » Se comunicó luego á los enemigos que no se aceptaba nada del oro que habían ofrecido.

Trajéronse muchos escudos llenos de joyas, y el rey, sin pensarlas, las distribuyó entre sus amigos. Puede calcularse que valdrían quinientos marcos ó más.

Se despidieron enseguida, pues deseaban marchar cuanto antes. Los huéspedes se dirigieron al encuentro de Crimilda y de la noble Uta, la Reina. Nunca hasta entonces habían sido los guerreros tratados con tanta cortesía.

Muchos alojamientos quedaron vacíos cuando partieron hacia su patria. El rey de tan suntuosas costumbres, permaneció con los suyos y gran número de nobles: todos los días se les veía ir á las habitaciones de Crimilda.

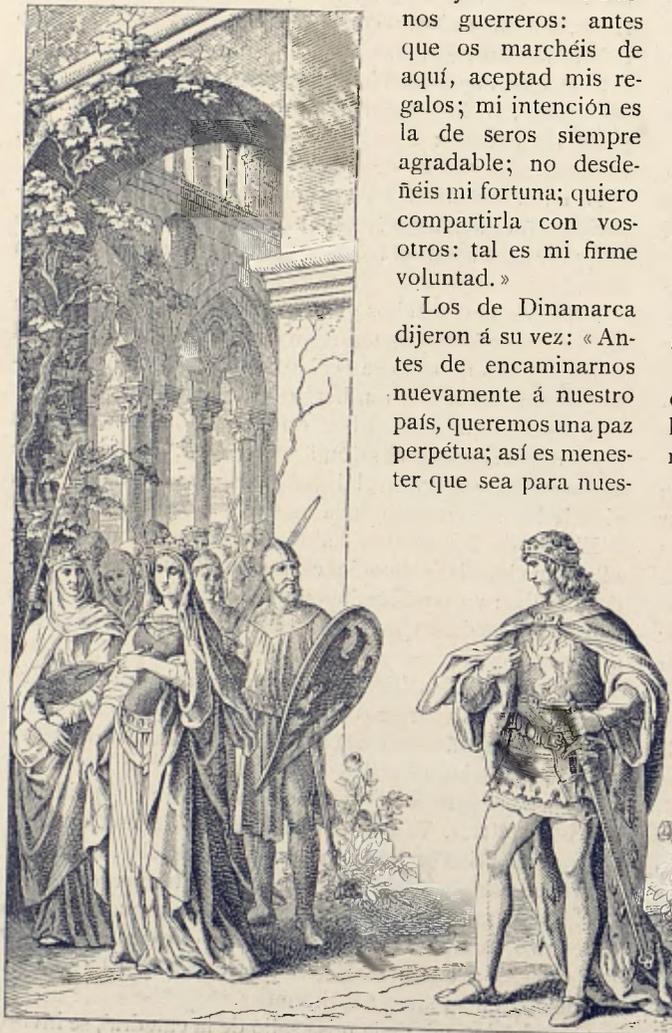
Sigfrido, el noble héroe, quiso despedirse también, pues no tenía esperanzas de conseguir á la que llevaba en su corazón. Oyó decir el rey que quería marchar, pero el joven Geiselher le hizo desechar la idea del viaje.

« ¿ Á dónde quieres marchar, noble Sigfrido? Permanece con nuestros guerreros; quédate, yo te lo suplico, con Gunter y sus guerreros. Aquí hay muchas hermosas mujeres á las que podrías ver. »

Sigfrido, el fuerte, respondió: « Dejemos nuestros caballos; quería irme muy lejos de aquí, pero ya he abandonado tal propósito; guardad vuestros escudos. Quería regresar á mi país, pero Geiselher me ha convencido honrosamente. »

De este modo quedó retenido el bravo por la amistad de los que le querían. En ninguna parte, en ningún país hubiera podido experimentar felicidad más grande, pues resultó que todos los días podía ver á Crimilda.

El jefe era estimado por su belleza extraordinaria: el tiempo se le pasaba en agradables diversiones de las que el amor era el encanto, por más que con frecuencia le hiciera experimentar pena. Por causa de este amor, tuvo después una muerte lamentable.



VI

DE COMO GUNTER FUÉ Á ISLANDIA
PARA VER Á BRUNEQUILDA

Algún tiempo después, comenzaron á circular noticias por el país del Rhin, de que allá abajo, muy lejos, había muchas vírgenes, y Gunter pensó en conquistar una para sí, lo cual pareció bien á los jefes y á los guerreros.

(CONTINUARÁ)